

La obra se divide en tres partes netamente distintas, pero estructuralmente unidas entre sí: I. El testimonio de la Escritura (en el Antiguo y Nuevo Testamentos); II. Historia del Dogma de la Salvación; III. Reflexión teológica. Así, la mitad de la obra constituye la parte positiva de la exposición de la doctrina soteriológica; la segunda mitad quiere recoger los elementos doctrinales de la Escritura y de la Tradición en una exposición sistemática. El principio unificante de esta parte expositiva es precisamente la Encarnación que constituye a Cristo como Salvador, salvación en persona.

La obra tiene sin duda el mérito de la síntesis positiva y sistemática, al mismo tiempo que al principio ofrece una amplia bibliografía bien estructurada. El capítulo final de la parte positiva resulta demasiado reducido, respecto del movimiento de ideas cristológicas y soteriológicas de los dos últimos siglos.

P. A.

DORGA, ENRIQUE L., *Jerarquía, Infallibilidad y Comunión intereclesial*. Prólogo de Karl Rahner (Biblioteca Herder, Sección de teología y filosofía, vol. 137). Barcelona, Herder, 1973, 515 pp.

La obra se centra — aunque no parta de ahí, según declaración expresa del autor — en una preocupación ya expresada por el mismo Papa Pablo VI, es decir, que la dificultad mayor para la reunión de los cristianos es precisamente el primado y el dogma de la infalibilidad « personal » del Papa, como fuera proclamado por el Concilio Vaticano I. A esta dificultad máxima del camino ecuménico, y prácticamente única para la comunión plena entre Católicos y Ortodoxos, según el mismo autor, ha querido responder desde un punto de vista estrictamente teológico.

Si la renovación de la Eclesiología no ha sido impulsada exclusivamente por motivos ecuménicos, no hay duda que particularmente en los últimos años, el ecumenismo ha llevado a la teología católica a ponerse en la forma más cruda y radical diversas cuestiones incluso fundamentales de la Eclesiología. En este sentido, el autor, aun siendo crítico en algunos aspectos de H. Küng, puede ser considerado por esta su obra, como continuador y complemento del discurso abierto por las últimas obras eclesiológicas del teólogo suizo, particularmente respecto del pro-

blema de la constitución jerárquica de la Iglesia y de la infalibilidad del Papa.

Efectivamente la obra tiene por tema central «la jerarquía y la infalibilidad de la Iglesia o en la Iglesia». El libro está dividido en tres partes: I. *Ambientación bíblica*, en la que sintetiza los elementos de la constitución jerárquica de la Iglesia, contenidos en el Nuevo Testamento; II. *Desarrollo institucional de la Iglesia*, en la que, a partir del principio de que la organización jerárquica es una realidad sujeta e la historia — aunque la jerarquía como tal y su perennidad sean independientes de ella —, analiza ese proceso histórico de la institucionalización de la Iglesia, particularmente en referencia al Colegio episcopal y al Papado y a su relación mutua; III. *La Iglesia de Dios, columna y fundamento de la verdad*, en la que sobre la base del análisis de la problemática que plantea el dogma de la infalibilidad, estudia esa misma infalibilidad en la Iglesia misma, en el colegio episcopal y en el Papa, presidente del mismo colegio.

La primera parte, siendo una síntesis clásica de los datos bíblicos, según un esquema claro y ordenado, no presenta tampoco dificultad mayor, porque ni siquiera pretende meterse en cuestiones exegéticas más agudas. Es interesante y sugestiva la interpretación teológica de la realidad jerárquica en el misterio de la Iglesia, sobre la base de la *gratuidad* del orden de la gracia. Pero acaso más convincente que esta interpretación sea la de la *dependencia continua* de la jerarquía respecto de Dios, tema que sugiere el mismo autor en la nota. La visión de la relación entre la Iglesia universal y la Iglesia local parece demasiado abstracta, al decir que la Iglesia es anterior a las Iglesias, puesto que la «asamblea» eclesial es, en concreto, local.

En la segunda parte resalta los factores culturales y políticos en el proceso de la concepción y de la realización de la Iglesia como institución a través de la historia. Precisamente por esto queda normalmente, y también en el autor, sin decidirse con claridad hasta qué punto se trata, en lo institucional de la Iglesia, de algo definitivamente determinado dogmáticamente o de un proceso de formas condicionadas a la historia.

La tercera parte constituye no sólo la más original, sino también la más atrevida desde el punto de vista de la interpretación del dogma.

Primero presenta la aporía existente en la definición infalible de la infalibilidad del Papa. Esto, juntamente a la dificultad que presentan los



errores de los Papas a través de la historia, y en particular de la indeterminación del objeto de la infalibilidad, hace del dogma de la infalibilidad algo profundamente problemático, en cuanto tal definición dogmática.

Así planteado el problema, estudia el significado de la infalibilidad del Pueblo de Dios, del colegio episcopal y del Papa. El orden mismo es significativo: la infalibilidad papal, aun siendo perfectamente personal, no es « privado » sino pertenece a la persona en cuanto cabeza del colegio episcopal. Sea la infalibilidad papal como la del colegio episcopal son una expresión de la infalibilidad de la Iglesia misma.

La Iglesia viene definida como comunidad de fe, « comunidad de creyentes en Dios revelado en Cristo » (p. 359), por lo que no puede fallecer en su fe, sin destruirse a sí misma.

Particularmente interesante es la distinción que hace entre concilio histórico, jurídico y eclesial, y la misma definición de Concilio, a partir de las características del concilio eclesial y que se expresa en la « unanimidad » (tema teológico éste, de relevante importancia). En este contexto es importante también el valor que da al Concilio Vaticano II, como el más claro exponente de Concilio eclesial.

De todo lo anterior llega a su interpretación original y atrevida del dogma de la infalibilidad pontificia, cuya definición sería sólo « análoga » a las otras definiciones dogmáticas, y por tanto su negación no constituiría propiamente una herejía, y por ello tampoco un obstáculo absoluto para la comunión « plena » entre los católicos y ortodoxos. El autor, por lo demás, acepta totalmente el dogma de la infalibilidad pontificia, definida por el Vaticano I.

La obra se distingue por la claridad de planteamiento de los problemas, por el orden neto con que lleva el discurso (a pesar de algunas pocas divagaciones) y por la claridad también de la exposición de su pensamiento.

Quedan algunos problemas apenas aludidos por el autor, como el del objeto de la infalibilidad de la Iglesia y por tanto del Magisterio, en particular en cuanto se refiere a la enseñanza moral y a la interpretación del derecho natural. Estos problemas constituyen sin duda una prolongación importante, quizás esencial, del planteamiento de los problemas y de la exposición del autor.

La obra, aunque quiere ser un examen intraeclesial, es un reclamo también a los Ortodoxos, para tratar de superar entre todos el escollo más grave para la plena comunión; y, en definitiva, es una invocación al Espíritu Santo, que nos enseñará los caminos ecuménicos, sin que ni los unos ni los otros tengamos que renunciar a lo que en conciencia creemos deber mantener, en fidelidad a la verdad evangélica.

PAULO AGIRREBALTZATEGI

CURTY P. CHRISTIAN, *Le mystère de la Vierge Mère*. Théologie mariale. Éditions Franciscaines, Paris, 1972.

He aquí un intento de ofrecer bella y modernamente a personas cultas no profundamente iniciadas en teología la imagen de María, especialmente con el matiz de que ella es la *mediadora* en la obra de Cristo, de suerte que sin añadir nada a la acción de su Hijo, la manifiesta y localiza, La introducción recuerda el primado que la Señora tiene en el misterio de la redención; porque Dios Padre la ha destinado a ser la Madre del Hijo que había de encarnarse y para el que por voluntad del Padre ha sido creado todo. De donde se advierte que Curty mira el misterio de la encarnación con el cristal de la Escuela Franciscana. De este puesto de María en los planes divinos proviene su grandeza; pues, aun siendo mera criatura, « es la primera en gracia y ha engendrado al que es la misma gracia y por ello es Madre de la Iglesia ».

Los tres capítulos fundamentales tratan de descubrir a la Virgen en la Escritura, en el magisterio eclesiástico y en las apariciones. Ni falta un oportuno capítulo sobre la verdadera devoción mariana y otras varias cuestiones, ni un apéndice que explica las principales profecías que sobre la Señora encierra la Biblia. Tenemos, pues, en la mano una obra de divulgación teológica y literaria, no sin una poética unción religiosa, de un escritor que anhela cultivar en los espíritus selectos de hoy el conocimiento de aquella maravilla humana, creada por Dios particularmente para Madre de su Unigénito y bien de los hombres, escondida por las divinas Letras en misteriosas frases y plenamente descubierta por la teología católica presente.

S. ALVAREZ